

La Apologética historia

(Incitación a su lectura) *

Por Edmundo O'GORMAN

De la *Apologética* se han hecho dos ediciones¹ que vinieron a pugnar la omisión de tres siglos en que permaneció inédito el manuscrito. Pero lo cierto es que, pese a esos beneméritos esfuerzos de divulgación, la obra no ha trascendido el círculo de los especialistas, y aun entre éstos deja mucho que desear la atención que le han otorgado. Dos son los motivos principales de ese descuido. El primero se origina en la opinión muy generalizada de que, frente a la *Historia de las Indias* del propio fray Bartolomé, su *Apologética* es obra de menor rango, con la consecuencia de que ésta ha quedado oscurecida en la sombra que proyecta la luz de su más afortunada hermana. El segundo motivo procede de la dificultad que ofrece la lectura del voluminoso texto, agravada por haber sido publicado sin los auxilios que el lector de una obra de esa índole requiere y tiene derecho a esperar del editor. Pero bien vistos, esos dos motivos son sin poco fantasmas, porque ni es aceptable la supuesta superioridad de la *Historia* sobre la *Apologética*, ya que en rigor son obras apenas comparables, salvo por semejanza en extensión; ni, por otra parte, la lectura de la segunda resulta tan tediosa o difícil como se pretende una vez que se ha descubierto la trama conceptual del libro que es su luz interior y su infalible guía.² Y en verdad y por lo contrario, aunque con toda evidencia la *Apologética* no es un libro de entretenimiento, ni para eso fue escrito, su lectura no está ayuna de amenidad y aún contiene la

sorpresa de pasajes de insospechada potencia lírica como cuando, desde su celda en España, el viejo fraile describe con amorosa nostalgia el paisaje tropical en que transcurrieron sus mocedades. Miremos entonces, un poco más de cerca, esas dos excusas —que no son otra cosa— para tratar de justificar el inexcusable descuido en que se ha tenido a la *Apologética*, y de ese modo, así lo esperamos, incitaremos al lector a no privarse de la rica aventura espiritual de hacer suya y por entero la lectura de tan singular obra.

Si nos rebelamos contra la manía deformadora de sólo considerar las obras que nos ha legado el pasado como "fuentes de información", simples canteras de datos y noticias, y nos colocamos, en cambio, en las circunstancias que les dieron vida, veremos que la *Apologética*, no la *Historia*, constituye el más alto empeño literario del padre Las Casas por ser la obra en que logró expresar de modo cabal y sistemático los afanes más caros de toda su vida y que, por eso, debemos estimarla como el libro capital de su prolífica pluma. Y en efecto, nada documenta mejor esa estimación como el estudio de la génesis de ambos libros. El primero, la *Historia de las Indias*, es el más antiguo. Se inició en 1527 en la isla Española (hoy Santo Domingo), cuando Las Casas se metió de fraile después del doloroso fracaso de su intento de conquista pacífica en una región de Venezuela.³ En el fondo, el libro obedece, pues, a una exigencia compensatoria de la decepción que produjo en su autor aquella malhadada aventura, de donde resulta que el propósito central del libro fue, ciertamente, relatar y dejar testimonio de los acontecimientos que son su tema, pero no así como así, sino enjuiciados desde el punto de vista de intransigencia que adoptó el autor como eje total de su pensamiento desde aquel famoso episodio en que optó por dedicar su vida a la defensa de los indios. Digamos, entonces, que la *Historia* fue concebida más como denuncia de agravios que como mero relato de hechos, carácter que informa cuanto de ella logró

*La Universidad, por conducto de su Instituto de Investigaciones Históricas, rendirá homenaje a la memoria de fray Bartolomé de Las Casas en este cuarto centenario de su muerte con una nueva edición de la *Apologética historia*, ya próxima a ver la luz pública. El Dr. Miguel León Portilla, director de aquel Instituto, me honró con esa encomienda, dándome así la oportunidad de estudiar —en unión de los miembros de mi seminario— en detalle y por entero el voluminoso texto de obra tan extraordinaria. Ahora, solicitado por el Dr. Luis Villoro para colaborar en este número lascasiano de la *Revista* que dirige, no me ha parecido despropósito ofrecer aquí algunos de los resultados de ese trabajo.



escribir el autor, pese a las dilatadas interrupciones y diversas redacciones que padeció su composición. Y de aquí debemos concluir que la *Historia* es, por el espíritu que la anima, un libro polémico, un libro, ciertamente, encaminado a defender a los indios; pero sólo en sentido indirecto o negativo, es decir, en cuanto la defensa consiste en que en él se denuncia y condena el rumbo que tomó la política de la empresa india y se ataca la actitud generalmente observada por los conquistadores y pobladores respecto a las personas y derechos de los naturales, y esta índole polémica de la *Historia* y la indirecta defensa de los indios que contiene son muy de tenerse en cuenta para nuestro actual intento, porque vamos a ver que en la *Apologética* el caso es diametralmente opuesto.

La *Apologética*, a notable diferencia respecto a la *Historia*, no fue concebida como una obra independiente que respondiera a propósitos bien definidos desde un principio. Por lo contrario, se gestó en un largo proceso de titubeos y atisbos que se desarrolló dentro del texto de la *Historia* y que sólo cobró independencia cuando Las Casas logró advertir que las vacilaciones digresivas en que se había empeñado constituían, en realidad, la materia de un extenso tratado digno de formar una obra separada de gran envergadura.⁴ Fue entonces, en efecto, cuando comprendió que le había salido al paso la oportunidad de organizar de una manera sistemática su contención favorita o sea, la de que los indios gozaban de plenitud de entendimiento, el supuesto básico en sus tratados polémicos y misioneros, en sus proyectos y peticiones de reforma y de pacificación y en sus debates públicos entre los cuales destacaba vivamente el recuerdo reciente del que había sostenido con el más famoso de sus adversarios, Juan Ginés de Sepúlveda.⁵ Se trataba, por lo tanto, de la mayor oportunidad que le era dable en el orden de sus afanes, y no puede sorprender que, cuando se le presentó, se haya decidido a abandonar o por lo menos a suspender la *Historia*, para entregarse de lleno con su fervor característico al aprovechamiento de aquella oportunidad y cuasi revelación. Desglosó de la *Historia* cuanto había escrito al respecto como digresión dentro de ella; hizo los ajustes necesarios para utilizarlo como parte del nuevo libro, y echando mano de las fuentes de información que estaban a su alcance y de su extensa erudición clásica, acabó por organizar y redactar la monumental obra que hoy conocemos como la *Apologética*.

De lo anterior se habrá advertido cuál es la índole principal de esa obra. Se trata, según ya lo indica su título, de una "historia", pero a diferencia de la otra cuyo carácter polémico acabamos de subrayar, es una historia "apologética", es decir, un relato consagrado a poner de relieve y exaltar las excelencias de los habitantes naturales del Nuevo Mundo; pero no como simple panegírico a base de un inventario de elogios, sino como un alegato científico destinado a demostrar que esos hombres gozaban, no por accidente, sino por necesidad, no sólo los de más alto nivel civilizado, sino todos sin excepción, de plena capacidad de entendimiento para gobernarse por sí mismos. La otra gran diferencia, pues, entre esta historia apologética y la de las Indias, estriba en que ahora la defensa del indio se emprende de un modo directo demostrativo, y por ello la obra tiene un carácter teórico que excluyó de su texto las diatribas, denuncias y acusaciones que tanto abundan en la obra y en lo más de la obra lascasiana.

Estas consideraciones ponen en relieve la gran diferencia que separa la *Historia de las Indias* de la *Apologética* y abonando lo que ya anticipamos o sea que para el padre Las Casas, la segunda, no la primera, fue su obra capital y que, en consecuencia, la valoración contraria tan frecuente entre los especialistas supone un criterio que deforma la realidad de las circunstancias históricas que explican la razón de ser de ambos libros.

Pero ahora vengamos a nuestro segundo punto, al de la dificultad que ofrece la lectura de la *Apologética*. En verdad, este libro, como toda obra de cierto nivel intelectual, pide atención y requiere perseverancia, además de que no está exento de las manías literarias del padre Las Casas a veces un tanto irritantes y tediosas para la sensibilidad y prisas de nuestros días. Es el caso, sin embargo, que la dificultad de que tanto se ha hablado debe cargarse más a cuenta de la pereza o precipitación del lector que no a la existencia de tropiezos u oscuridades. Y en efecto, a poco que se penetre en el libro se advierte que su estructura es de un rigor escolástico tan minuciosamente observado que aquello que a primera vista pudiere parecer innecesaria digresión o que ha parecido una "soporífica retahila de pruebas",⁶ no son sino obligados desarrollos de las exigencias de la armazón conceptual de la obra.

El lector comprenderá que aquí no contamos con el espacio necesario para entrar en la explicación pormenorizada de todas

las articulaciones internas de la *Apologética*, trabajo que ya realizamos en otra parte y a la cual nos permitimos remitir al interesado;⁷ pero no por ello hemos de renunciar a dar una idea acerca de ese particular que baste para nuestros actuales intentos. Pues bien, el fundamento de toda la argumentación es Aristóteles, circunstancia que a nadie medianamente enterado de la cultura de la época puede sorprender.⁸ La demostración que emprende Las Casas es, por otra parte, doble. En la sección inicial el autor se propone demostrar que, en vista de la excelencia del ambiente físico propio a las nuevas tierras, era necesario que sus naturales habitantes gozaran de la perfección corporal correspondiente a ella y que, por lo tanto, forzosamente tenía que concluirse que estaban dotados de plena capacidad de entendimiento. Se trata, pues, de una demostración o prueba *a priori* de esa capacidad con fundamento en una teoría general de la entrañable relación que existe entre los organismos y el medio en que se crían. A ello se debe que la obra se inicie con la descripción de la isla Española que el autor acaba considerando como región arquetipo de todas las Indias y a las cuales hace extensivo cuanto de aquella isla dice y pondera. En una segunda sección el autor intenta demostrar lo mismo que en la primera; pero ahora la prueba que ofrece es *a posteriori* en cuanto que consiste en hacer patente la capacidad de entendimiento de los indios a través de sus obras, es decir, mediante un extenso estudio de sus culturas. Este propósito implicó la tremenda tarea de pasar revista al amplio panorama del mundo histórico indígena americano y eso, en efecto y nada menos, es lo que intenta el padre Las Casas en un recorrido que incluye todas las regiones de América conocidas en su día, o sea la casi totalidad del continente, excepción hecha de las porciones más septentrionales y alguna otra. Pero, como si no fuera poco, la prueba no se limita a exponer los resultados de tan gigantesca exploración, sino que, siempre apegado al esquema de la teoría aristotélica de las diversas clases de prudencia humana, el autor completó su demostración con cotejos de la vida moral de los indios y la de los pueblos antiguos del Viejo Mundo, insistiendo en los griegos y romanos por la altísima estimación en que se les tenía como maestros de prudencia y de sabiduría política. La conclusión final de tan extraordinario esfuerzo es, claro está, que los indios americanos no solamente revelan en sus instituciones, religión y costumbres una plenitud de entendimiento en todos los órdenes de la vida humana, sino que igualaron y en muchos casos superaron a los más pulidos entre los antiguos gentiles.

De este breve resumen el lector advertirá que en la *Apologética* tiene un tratado completo del hombre, tanto en su definición como ente corporal, como en su definición en cuanto ente moral o histórico; pero, además, tiene una historia comparada de la cultura, hazaña sin paralelo en su época que honra en alto grado a su autor y a las letras de su patria.

Queremos persuadirnos de que lo dicho basta para desvanecer aquellos fantasmas que tanto han entorpecido la merecida trascendencia de este libro extraordinario y aunque se nos han quedado en el tintero muchas consideraciones que completarían el juicio que nos merece, y principalmente todo lo relativo a su significación histórica como canto de cisne de los ideales de la cristiandad medieval,⁹ cerramos estas líneas con la esperanza de que sirvan para despertar en quien las haya leído el apetito por la obra entera, asegurándole que su esfuerzo le será ricamente premiado.

¹ El título completo de la obra es el siguiente: *Apologética historia sumaria quanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policía, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla*. La primera edición es de Manuel Serrano Sanz, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1909. La segunda es de Juan Pérez de Tudela, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1958. La tercera es de Edmundo O'Gorman, Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, de próxima aparición.

² Para un examen de la estructura de la *Apologética*, remitimos a nuestro estudio: "La *Apologética historia*, su génesis y elaboración, su estructura y su sentido" que aparecerá como prólogo a la tercera edición a que nos referimos en la nota anterior.

³ Las Casas profesó como dominico en la isla Española en 1523.

⁴ La historia pormenorizada de este proceso puede leerse en el estudio citado en la nota 2.

⁵ El famoso debate tuvo lugar en 1550-1551. Se ha dicho (Lewis Hanke y otros) que la *Apologética* fue escrita por Las Casas para utilizarla como alegato en ese debate; pero lo cierto es que el análisis del libro revela que nada de él es anterior a 1552.

⁶ De esta manera tan poco afortunada calificó el Sr. Lewis Hanke a lo más de la argumentación lascasiana.

⁷ Apartado III del estudio citado en la nota 2.

⁸ Es curioso, por calificarlo de algún modo, el empeño que han tenido algunos historiadores norteamericanos por negar o disimular la dependencia del padre Las Casas respecto al pensamiento aristotélico.

⁹ Sobre este particular de nuevo remito a mi estudio (nota 2).